

alli. Santa Coleta, reformadora de la órden seráfica, estando en el convento de Besanzon, permaneci6 extática y sin sentido por espacio de tres dias en la contemplacion del amor que Jesus habia tenido á los hombres. Yo he conocido á un sugeto, que para hacer mas fácil la conversacion con el amabilísimo Jesus se habia asociado con él y con su santa madre andando siempre en su compañía, hablando continuamente con ellos, y no diciendo ni haciendo nada sin su consejo y beneplácito. Felipa de Güeldres, primero reina de Sicilia y duquesa de Lorena y despues pobre religiosa de santa Clara, queriendo dejar á la posteridad una muestra de su devocion á Jesus, dispuso un jardin espiritual que mandó pintar para consuelo de sus hermanas. Las porteras eran la esperanza y el temor de Dios, y el hortelano el amor de Jesus. El seto estaba formado de caléndulas y los cuadros llenos de pensamientos; pero muy diferentes de los que nacen en nuestros jardines, porque estaban rodeados de llamas. El jardinero andaba por el medio arrancando las flores nocivas á los pensamientos, y si hallaba algunos mustios y moribundos, cavaba al rededor y los cuidaba mucho para que reviviesen. ¿No son estas ocupaciones regias y dignas de tal alma?

XI. Santa Magdalena de Pazzis, religiosa carmelita de Florencia, se consumia en un fuego de otra especie, porque á veces la oian exclamar teniendo los ojos clavados en el cielo: ¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh Dios de amor! ¡Oh cuán grande es el amor que tienes á tus criaturas! No, Jesus mio, no es mucho para tu grandeza; pero sí lo es para la criatura tan vil y abyecta. Otras veces corria por el convento con un crucifijo en las manos pronunciando estas palabras amorosas, que inflamaban á las otras religiosas en llamas de amor: ¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh amor! Nunca cesaré de llamarte amor, nuestra esperanza y nuestro todo. Luego volviéndose á sus

hermanas les decia: ¿No sabeis, hermanas, que nuestro Jesus es amor y nada mas? Y á su amado le hacia esta súplica: Señor, dame una voz tan fuerte y sonora, que llamándote amor sea oida desde Oriente á Occidente y en todas las partes del mundo hasta los infiernos, para que seas conocido y amado y agradecido como verdadero amor. Seria difícil explicar las otras caricias que hacia á Jesus crucificado tomándole en sus manos, estrechándole sobre su seno, limpiándole el sudor y la sangre con su velo ó su pañizuelo; pero con tanta y tan extraordinaria fuerza, que despues se encontraban aquellos lienzos empapados todos como si realmente hubiera hecho este oficio con Jesus agonizante en la cruz. Era tan violento el fuego que la abrasaba, que muchas veces en el rigor del invierno tenia que abrir su túnica y echarse agua friísima sobre el pecho, el rostro y las manos, bebiendo buenos tragos de ella para calmar en algun modo las llamas del amor divino que la iban consumiendo. Un dia de la invencion de la santa cruz se la oyó exclamar: Oh amor, ¡qué poco conocido y amado eres! Si no encuentras dónde reclinarte, ven, divino amor, ven á mí, y yo te hospedaré. Oh alma, ¿por qué no amas al amor? ¡Ay de mí! El amor me hace morir viviendo y vivir muriendo. Otras veces corria por la huerta y el claustro buscando almas que conociesen y amasen al amor, y si encontraba á alguna religiosa, le tomaba la mano y decia: Oh alma, ¿amas al amor como amas tu propia vida? ¿No sientes que desfalleces y mueres de amor? Traspasaría yo los límites de este discurso, si continuase acotando pasajes semejantes de las vidas de santa Catalina de Sena, santa Brigida, santa Gertrudis, santa Hildegarda, santa Matilde, santa Lutgarda, santa Maria Egipciense y otras muchas.

XII. Algunos para conservar siempre fresca la memoria del amor y del amante imprimieron en sus cuer-

pos ciertas señales sensibles, y otros las recibieron del cielo como libreas y mercedes señaladas. El devoto Enrique Suson, religioso dominico, habia grabado sobre su corazon con un punzon el sagrado nombre de Jesus. El autor de las antigüedades de París refiere que tambien se halló grabado el mismo nombre en el pecho de la doncella Eustóquio, natural de dicha ciudad, despues de su muerte. El sabio maestro Fr. Luis de Granada escribe que en Castello, ciudad de Italia, al abrir el cadáver de una virtuosísima doncella se encontró dentro del pecho una perla gruesa, en donde estaba grabado el misterio de la Natividad y la doncella de rodillas delante del pesebre adorando al niño Jesus. ¿Quién no ha oído decir que habiendo abierto el cuerpo de santa Clara de Montefalcó despues de su muerte, se encontraron en medio del corazon los instrumentos de la pasión? Hallándose santa Magdalena de Pazzis contemplando extática el misterio de la Encarnacion la vispera de la Anunciacion del año 1585, mereció que S. Agustin escribiése en el corazon de ella las dos palabras *el Verbo* con letras de oro, y estotras *se hizo carne*, con letras de sangre. No hablo de S. Francisco, ni de santa Catalina, ni de algunas otras cuyas vidas son muy sabidas. Solo añadiré con S. Bernardo (1) para concluir que uno de los fines principales por que Dios regala á las almas devotas este amor tierno y sensible, es para ahuyentar un amor con otro amor y desterrar de sus corazones todo sentimiento del sensual y profano. Este es á su parecer el motivo por que el Verbo tomó nuestra carne, para que aquellos que no tuviesen aun el amor bastante acendrado para amar el espíritu, fuesen atraidos al amor puro por el de una carne divina que podian amar inocentemente.

(1) Sermo 20 in Cantic.

XIII. El amor prudente y discreto se conoce principalmente en dos cosas, en una gran codicia y una santa ansia de saber todo lo que toca á la vida, á los misterios y perfecciones de Jesus y á una verdadera y cordial imitacion de sus excelentes virtudes. El mismo Jesus que comprendia mejor que nadie la naturaleza de este amor, decia un dia á sus apóstoles (1) que la vida eterna, es decir, la felicidad que podemos esperar en esta vida, consiste en el conocimiento que tenemos de Dios y de su hijo único Jesucristo enviado por él á la tierra. San Pablo hacia tanto caso de este estudio, que escribia á los de Corinto (2) que no apreciaba otra ciencia que la de Jesus crucificado; y á los filipenses que todo lo juzgaba pérdida por el eminente conocimiento de Jesucristo, y que reputaba por basura todo lo que habia perdido, con tal que ganara á Cristo (3). En la que dirige á los de Efeso, dice (4) que postrado de rodillas pide al padre de nuestro señor Jesucristo que les dé el comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad de la caridad del mismo Jesus, cuyo conocimiento sobrepuja todo entendimiento. Es verdad que esta ciencia tan estimada por S. Pablo y los otros santos no tanto consiste en una luz especulativa, cuanto en un conocimiento afectivo y práctico, que nos lleva á la perfecta imitacion de Jesus. La esposa de los Cantares no halla al principio cosa mejor que pedir á su amado que un beso de su boca celestial; pero luego reparando que en tales deseos podia haber demasiada complacencia y satisfaccion de su propio gusto, muda de tono y le dice que en cuanto á esas finezas menores haga lo que le parezca bien. Sin embargo le pide absolutamente

(1) Joan., XVII.

(2) I ad cor., III.

(3) Ad philip., III.

(4) Ad ephes., III.

una cosa, y es que la atraiga eficazmente en pos de sí, para que principie de veras á correr con las doncellas que la acompañaban. Dicen que los que desean poblar un palomar, no tienen mas que perfumar un pichon y soltarle, porque fácilmente le seguirán otros atraídos por el olor y se harán al palomar. De esta industria se valió el Padre eterno para repoblar el cielo, donde habian quedado vacantes tantas sillas desde la rebelion de los ángeles; porque ungió á su amado Jesus con el bálsamo de la divinidad y le perfumó con todas las virtudes del paraíso, para que le siguiesen las castas é inocentes palomas, que separadas de los cuervos carnívoros deben de ocupar aquellos asientos desiertos.

XIV. Con efecto si reparamos, la consideracion que en todos tiempos ha movido mas poderosamente á las almas deseosas de agradar á Dios y obrar su salvacion, ha sido el ejemplo de su padre y salvador Jesus, el cual les dice por Jeremías: «Vosotros me llamareis vuestro padre y no cesareis de caminar en pos de mí (1).» Nada les es imposible desde que han puesto los ojos de veras en este objeto y han meditado maduramente aquel dicho de S. Pablo: que la señal mas cierta de su predestinacion es su conformidad con la imágen de Jesus (2). Si alguna vez se han cansado y fatigado en el camino de la virtud, al punto han fijado los ojos con el apóstol en Jesus, á quien llama autor y consumidor de la fê (3), que sufrió muerte de cruz menospreciando la deshonra. Si han querido excitarse al amor de la abstinencia, no han tenido motivos mas poderosos que el hambre, la sed y las amarguras de Jesus. El abad Pacomio recibió un dia de Pascua la visita del abad Palemon, y como en celebridad de una fiesta tan grande hubiese sazonado con un

(1) Jerem., III.

(2) Ad rom., VIII.

(3) Ad hebr., XII.

poco de aceite y sal las yerbas que eran su manjar, el penitente Palemon comenzó á llorar á lágrima viva y exclamó: ¡Cómo! ¿Se dirá que yo halago así mi paladar teniendo delante al Salvador del mundo que gustó hiel y vinagre? Si han abrazado animosamente la humildad y el desprecio de sí mismos en todo, los ha obligado en cierto modo á hacerlo la humildad sin igual del Salvador. S. Francisco de Borja, verdadero espejo de la humildad cristiana, tenia tan bajo concepto de sí, que no hallaba lugar que le conviniera mas que á los pies del Salvador; pero luego que vió á su maestro y señor el jueves santo, se avergonzó en tales términos, que creyó no quedaba otro sitio digno de él mas que el infierno. Si se han animado á soportar las injurias y maltratamientos que se les hacen, nada les ha aprovechado tanto como el ejemplo de Jesus despreciado y que no se harta de oprobios, de desprecios y de afrentas. Yendo á Génova S. Ignacio de Loyola al principio de su conversion, cuando ardia la guerra entre Francia y España, fué aprehendido por algunos soldados de esta nacion, registrado y desnudado hasta dejarle en camisa: en tal situacion le llevaron á la presencia de un capitán, el cual le hizo varias preguntas; mas el santo no respondió nada, sino cuando se le preguntó si era espía, que entonces dijo terminantemente que no. El capitán le mandó retirarse y reprendió agriamente á sus soldados, porque le habian presentado un hombre que tenia trastornado el juicio; de lo que se indignaron tanto, que le despidieron con gritos y silbidos, le abofetearon y le apalearon dejándole casi muerto. En medio de estos maltratamientos Ignacio se deleitaba con la consideracion de la honra que Dios le hacia en asemejarle algo á su amado hijo, llevado ignominiosamente á presencia de Heródes, tratado como loco, golpeado é insultado por la soldadesca de este cruel tirano.

XV. Merece referirse aquí lo que aconteció un día á S. Pedro mártir de Verona. Hallándose este gran siervo de Dios absorto en alta contemplación en el convento de S. Juan Bautista, cerca de Roma, fué visitado por santa Inés, santa Catalina y santa Cecilia, las cuales trataron con él de las cosas celestiales tan largo rato y en tan alta voz; que un religioso que pasaba por allí, quedó escandalizado teniéndolas por unas mujeres ordinarias, y á poco acusó al santo en capítulo pleno con las ponderaciones que hubiera merecido semejante culpa caso de haber sido real y verdadera. Pedro quedó enteramente sorprendido de la acusacion y dudó por mucho tiempo si se resolveria á guardar silencio ó á defender su inocencia acusada mas imprudente que maliciosamente. Por un lado le parecia estar obligado á evitar el escándalo que podrian tomar los débiles de aquella supuesta conversacion con unas mujeres; por otro veia no ser posible defenderse sin descubrir los favores extraordinarios que recibia de Dios y que juzgaba no debian de publicarse todavía. Los santos dan siempre golpes de santos y caminan por caminos ignorados de los prudentes del siglo. El prior que no ignoraba la gran virtud del acusado y veia por otra parte la firmeza del acusador y la confesion tácita del delincuente, tomó verdaderamente la culpa por una simpleza inconsiderada, aunque digna de alguna correccion; por lo que impuso á Pedro una penitencia ejemplar y le envió á un convento de la marca de Ancona, donde debia de ser encerrado reparando con su conducta el escándalo que habia dado. Allí pasó algun tiempo con gran valor y gozo de espíritu considerando cuán honrado era en tener alguna parte en la cruz de su divino maestro; pero al cabo las incomodidades que padecia, y los vituperios cada dia mayores que recibia, le hicieron vacilar y cobrar tedio á su estado; de manera que estando un dia de

rodillas ante un crucifijo con los ojos bañados en lágrimas y el corazón oprimido de tristeza comenzó á quejarse al Salvador y le manifestó que pues no ignoraba su inocencia, era llegado el tiempo de hacerla patente; que los favores recibidos de su bondad no debian de perjudicarle de aquella suerte; y que la infamia que habia caído sobre él, tornaria en notable detrimento del servicio de Dios. Entonces el Salvador le respondió: Pedro, ¿y qué habia hecho yo para ser clavado en este madero? A lo menos aprende de mí á sufrir las injurias y la infamia, porque lo que tú padeces, no es nada en comparacion de lo que padeci yo por tí. Estas palabras causaron al principio alguna confusion al siervo de Dios; pero despues le infundieron tantos deseos de padecer, que no bastaban todas las injurias é improperios del mundo para hartarle: desde entonces estimó tanto los desprecios sufridos por el amor y á ejemplo de Jesus, que no los hubiera trocado por las mayores felicidades de los reyes, ni aun por las satisfacciones y contentos mas sensibles de los santos.

XVI. Mientras me engolfo en el discurso de la imitacion de Jesus, no advierto que entro muy adentro en la consideracion del amor fuerte y animoso, al que san Bernardo daba el tercer lugar y que se lleva el premio sobre todos los otros amores. Los grandes trabajos y tribulaciones son los últimos quilates del amor refinado en el horno de la paciencia, cuya obra es perfecta y cabal, segun nos dice el apóstol Santiago. La casta esposa cree que no ama si no llega á la perfeccion de ese amor, que es fuerte como la muerte é indomable como el infierno, cuyo ardor son unas llamas que en vano se procuran apagar con las aguas de las tribulaciones. Este es el rasgo que Dios ha presentado á todos sus mejores amigos como la obra acabada de su fidelidad: esta es la prueba por que quisieron pasar todos los santos como

único ensayo del amor puro. Por esto se resolvieron á unirse estrechamente y para siempre á la cruz, abrazar todo género de trabajos y persuadirse á que no habian dado al amor pena por pena, sangre por sangre y vida por vida. Santa Catalina de Sena tomaba tres disciplinas al dia de casi hora y media azotándose con una cadena de hierro y tan cruelmente, que le chorreaba la sangre por todos lados, á fin de dársela, segun decia, al que derramó toda la suya por ella. Cuando los verdugos rasgaban las carnes de santa Olalla con garfios de hierro, les decia la santa: «Animo, amigos; no os andeis en contemplaciones por vida vuestra, porque el tratamiento que me dais, es el único medio de grabar profundamente en mi corazón el amor y la pasión del amabilísimo Jesus.» Asi lo decia ella y era verdad, porque el piadoso Gerson nota muy bien que nadie siente mas cordialmente el amor y la pasión del Salvador que el que padece algo por conformarse á él y por su amor. Por eso S. Pablo escribiendo á los de Macedonia no pedia que dijese bellos discursos ó tuviessen agudos pensamientos acerca de los trabajos de su maestro crucificado, sino que sintiesen de veras en sí lo que él habia padecido por ellos.

XVII. Dios de amor, ¿quién podrá expresar lo que sintieron los santos y de cuántos modos fortaleció el mismo Jesus el amor de ellos haciéndolos participantes de su cruz y su pasión? Santa Teresa de Jesus se encendia tanto en estas consideraciones, que exclamaba: O padecer, ó morir. A Alfonso Rodriguez, de la compañía de Jesus, no se le caian de la boca estas palabras: Jesus y María, dulcísimos amores míos, que yo padezca y muera por amor vuestro, y sea todo de vosotros y nada de mí. La serenísima señora Felipa de Güeldres, de quien he hablado antes, era tan delicada en este sentimiento, que á la menor palabra que oia de la cruz,

de la lanza y de las espinas de su dulce Jesus, vertia arroyos de lágrimas y exhalaba un sin número de suspiros con tan vehemente palpitacion de corazón, que habia que socorrerla prontamente porque se desmayaba; tal era el exceso de su amor. En los siete últimos años de su vida llegaron estos deliquios al punto de empezar todas las semanas el jueves por la noche y durar hasta el sábado por la mañana. Ademas sentia unos dolores y unas punzadas tan agudas y unas emociones tan violentas, que tenia que pasar todo aquel tiempo en la cama con los ojos clavados en un crucifijo y sufrir allí sin chistar la mano poderosa de su maestro, que la labraba á martillazos y la hacia conforme á sí. A santa Magdalena de Pazzi le aconteció no sé cuántas veces sentir en el cuerpo y en el alma los angustiosos tormentos que el Salvador del mundo su dulce esposo habia sufrido en la cruz; pero especialmente una vez en un éxtasis que le duró veinte y seis horas, en que siguió á su señor como paso por paso y tuvo los mismos sentimientos que si hubiera padecido con él la agonía en el huerto, y hubiera sido prendida, maniatada, paseada por las calles, presentada á Pilato, mostrada al pueblo, azotada á la columna, condenada á muerte y obligada á llevar la cruz á cuestras al Calvario. Allí alargando una y otra mano como si hubiera sido clavada en la cruz y luego por milagro levantándose en pie sin doblar las rodillas, ni mudar en modo alguno de postura se arrimó á la pared cual si hubiera sido crucificada en realidad, y se mantuvo asi mucho tiempo diciendo todas las palabras que habia dicho Jesucristo en la cruz: finalmente como si el alma separada del cuerpo la hubiese dejado sin ningun sosten, inclinó ella la cabeza y cayó tiesa al suelo con peligro de lastimarse, si las religiosas no hubieran acudido con presteza á recibirla en sus brazos.

XVIII. ¿Cuántas veces sucedió á santa Lidwina andar

las estaciones con Jesus desde el huerto hasta el Calvario y volver con los pies hinchados, las piernas llagadas, los labios partidos, los miembros desencajados y cubierta de espinas y malezas para manifestar que aquello no era una imaginacion, sino una participacion real de los tormentos del esposo amado de su corazon! Santa Catalina de Génova ¿no pasó treinta y seis años en continuos dolores y tormentos? ¿Qué pena hubo del martirio de su amado en que ella no tuviese parte sin exceptuar ni aun la efusion de sangre, de que echó gran cantidad inmediatamente antes de morir, habiéndose consumido la restante por un fuego interior que la abrasaba de tal suerte, que con solo meter la mano en el agua la hacia hervir al momento?

XIX. Como pudiera creerse que proponiendo yo los ejemplos de algunos santos hago agravio á los otros, pues todos llevaron mas ó menos las señales de su maestro crucificado, lo suspendo aqui con una consideracion que nos volverá otra vez á la Virgen, de la que nos desviamos en algun modo por conversar con su hijo. Esta consideracion es que nuestra amante madre viene á ser como la dispensadora de tales favores, que son las verdaderas finezas con que regala á sus queridos hijos; y los que aspiran á gozarlas, deben de recurrir principalmente á ella despues de Dios. Tal ha sido siempre el sentir de la santa iglesia, que le canta lo siguiente en la prosa *Stabat mater*:

Ea, fuente de amor y madre pura,

Sienta mi corazon pena tan dura:

Haz que contigo llore, gima y pene.

Haz que mi corazon se abra vivo

En el amor de Cristo mas activo

Para lograr con él gozo perene.

Oh madre la mas santa, hazme esta gracia.

Fija en mi corazon con eficacia

Las llagas de Jesus crucificado.

Divide pues conmigo las heridas,

Los dolores y penas tan crecidas,

Que se dignó sufrir por mi pecado.

Haz que contigo llore enternecido

De su pasion y muerte condolido

Hasta el último aliento de mi vida.

Junto á la cruz deseo, Virgen santa,

Estar y acompañarte en pena tanta,

En llanto y afliccion tan sin medida.

Oh Virgen entre todas generosa,

Sé benigna á mis ruegos y amorosa:

Haz que contigo llore amargamente:

Que la muerte de Cristo fiel padezca,

Consorte de sus penas ser merezca

Y sus llagas medite atentamente.

Haz que con ellas sea yo llagado,

Con su cruz y dolores inebriado

Por amor de tu hijo tan precioso (1).

XX. Pero no dispone solo de los dolores y tormentos de su hijo en favor de quien quiera, sino que en general da parte del amor de Jesus en toda su extension juntamente con él mismo á sus queridos hijos segun las órdenes de Dios, el deseo que advierte en ellos, y los servicios que le hacen. Ve aqui la humilde súplica con que su fidelísimo siervo S. Anselmo concluye una devota oracion: «¡Oh dulce Jesus! ¡Oh dulce madre de Jesus! Supuesto que es razonable amemos todo lo que vosotros amais, concedednos el amor del padre de nuestra vida, que es digno de todo amor. ¡Oh constante amador de los hombres! ¿Se dirá que tú nos amaste hasta

(1) Estas estrofas del *Stabat Mater*, puestas en metro castellano, las he copiado del *Ejercicio cotidiano y novísimo devocionario escrito en verso y en variedad de metros* por D. Miguel Agustín Principe (N. del T. E.).

la muerte y que puedes rehusar tu amor y el de tu querida madre á los que te le piden de todo corazón y con el mas tierno afecto? Oh madre de este divino amante, á quien mereciste llevar en tus entrañas y criar con tus pechos virginales, ¿tendrás valor de negarnos tu amor y el de tu amable hijo, que pedimos con las manos juntas por la bondad de tu corazón maternal? Venérete mi espíritu como mereces: ámete mi corazón como conviene: quíerate mi alma cuanto pueda, para que todo lo que hay en mí y todo lo que yo soy, cante por siempre: El hijo y la madre sean alabados en todos los siglos.»

§. V.—El sexto rasgo de amor es amar por amor de ella á todos los que son suyos ya por título de parentesco, ya por elección: donde se habla especialmente de S. Joaquín, santa Ana y S. José.

No sin motivo se compara el amor al aceite, porque tiene las propiedades de este y especialmente que no se detiene en la persona amada, sino que se extiende y comunica como el aceite á todo lo que está conjunto á ella. La experiencia diaria enseña que por amor de nuestros amigos sentimos inclinación hácia ciertas personas, que de otra suerte nos serian indiferentes. No es mi ánimo sentar esto de los parientes ó amigos de la madre de Dios, porque tienen de suyo calidades que los hacen dignos del amor y reverencia de todos; mas quiero decir que su relación con ella les da singular realce y esplendor y mueve á todos los siervos amantes de la Virgen á redoblar su cariño para con ellos. En primer lugar pongo á los que mas tiernamente la amaron y honraron ya por medio de sus escritos ó de otro modo, y á quienes dió ella testimonios de amor reciproco, que no quiero enumerar aquí, porque se ha dicho ya lo bastante en los tratados de esta obra. En segundo lugar pongo á los

que la honraron en vida y tuvieron la dicha de poseer su amistad y gozar de su dulce trato, como su parainfante el arcángel Gabriel, los apóstoles y discípulos del Señor, la Magdalena, Marta y las otras santas mujeres que la acompañaron en sus trabajos y adversidades. También comprendo con mas justicia á sus parientes y deudos, como S. Zacarías, santa Isabel, S. Juan Bautista, santa María Cleofé, Santiago el menor hijo de esta, Salomé con sus dos hijos Santiago el mayor y S. Juan, el cual dió nuevo realce al título de pariente por los buenos servicios hechos á María santísima en calidad de su hijo adoptivo y escudero. Pero entre todos me siento obligado por especialísimo afecto á sus padres S. Joaquín y santa Ana y á su muy digno esposo S. José, y juzgo ser un deber notar algunas obligaciones particulares que tenemos de honrarlos.

*De las obligaciones que tenemos de honrar á S. Joaquín y santa Ana.*

I. Con razón dice el filósofo Protarco en Aristóteles que son dichosas las piedras de que se construyen los templos y se labran los altares, por el honor que reciben en ser empleadas en el servicio de Dios. Esta dicha toca muy ligeramente á las piedras muertas, porque no sienten; mas no así á las vivas como S. Joaquín y santa Ana, que tuvieron la honra de contribuir á la edificación de la virgen María, templo augusto de la sabiduría encarnada, porque además de ser inexplicable la dicha de que gozan, llega á su colmo por el conocimiento que tienen de ella. ¿No parece haber sido figurados por aquellas piedras grandes y preciosas, que según la Escritura se pusieron en los cimientos del templo de Salomón (1)?